

# LOS PLANES DE DIOS

JON ECHANOVE



Primera edición.

Los planes de Dios.

© 2022, Jon Echanove.

© Libros y literatura SL

[www.librosyliteratura.com](http://www.librosyliteratura.com)

[contacto@librosyliteratura.com](mailto:contacto@librosyliteratura.com)

© Corrección: Laura Mas.

© Ilustración de portada: Kozakura.

© Diseño de interiores: Marta F. Alarcón.

Impreso en España.

ISBN: 978-84-947518-6-8

Depósito Legal: A 133- 2022

*Estas líneas suelen destinarse a advertir a los desaprensivos que ni el contenido ni la cubierta de este libro pueden reproducirse sin permiso del editor, pero de poco sirven porque casi nadie las lee, y si algún despistado lo hiciera, podría incluso darle ideas. Así que si estás leyendo esto es que perteneces a ese grupo de lectores voraces que leen hasta las instrucciones de los abanicos. Por eso nos gustaría recompensar tu interés revelándote aquí el secreto de la existencia o alguna otra de las variopintas incertidumbres que afligen al ser humano. Por desgracia, ya no nos queda espacio.*

*A Ahua, Juno y Loek, que son mi hogar  
A Ana, mi otro yo*

PRIMERA PARTE:  
RICHARD





## CAPÍTULO 1

Richard dejó de contar los ansiolíticos que estaba acumulando para suicidarse cuando alcanzó los trescientos. Esparcidos por la mesilla, aún quedaba un buen puñado de, al menos, otros cincuenta. En el proceso, había constatado su evidente inexperiencia en esas lides y, aunque no tenía ninguna gracia, le había resultado imposible reprimir una sonrisa al pensar que los expertos, aquellos que tenían éxito quitándose la vida, no podían entrenar a los novatos. La media botella de *whisky* que se había bebido en cuatro ansiosos sorbos, a pesar de embotarle la cabeza hasta tener la sensación de estar observando la vida de otro infeliz, o una parodia de sí mismo, no conseguía ocultarle lo patético de su situación. Incluso a unas horas de fallecer —tal vez minutos, porque tampoco sabía exactamente cuánto tardaría su cuerpo en morir— el escenario que había elegido para su drástica decisión seguía careciendo de dramatismo. Al contrario, la desangelada habitación de invitados continuaba manteniendo su aire ordinario, vulgar, ajena al fatal suceso que iba a ocurrir entre sus cuatro paredes. Había estado así muchas otras noches en los últimos meses, en la desvencijada

cama, agotado por el insomnio y aplastado por la inmerecida, pero irrevocable, bota del fracaso. Lo único nuevo en esta ocasión eran los ansiolíticos. Las otras veces solo había permanecido sentado en calzoncillos sobre el borde de esa incómoda cama a la que se había condenado voluntariamente, una reliquia de muelles de metal oxidados empeñados en mantenerlo despierto a base de lamentos y crujidos. Al otro lado del pasillo, en la habitación principal, había una cama en condiciones, un lecho cómodo e inmenso que le garantizaba descanso. También allí, frente al enorme ventanal que daba a la terraza, habitaba ese pasado ya irrecuperable, aquellos días inhóspitos en los que se refugiaba con Sarah debajo de las sábanas para observar cómo, sobre el infinito horizonte, se fraguaban lentas las tormentas. Sin embargo, él había elegido la destartalada soledad de ese minúsculo cuarto donde vivía desde hacía meses, esclavo de esa antigualla que, llamándole la atención con sus gemidos metálicos, había vulgarizado ese momento de desesperación existencial con un incordio ordinario y terrenal.

Se bebió lo que quedaba del *whisky* y abrió una botella de vodka mientras recordaba la página de internet donde había confirmado la cantidad de ansiolíticos que garantizarían su muerte. Entre los distintos artículos, le había llamado la atención el de la hermana de un adolescente fallecido que acusaba a su novia de haberle obligado, mediante repetidos mensajes al móvil, a tomarse doscientas pastillas. Richard, el adolescente, también había bebido un montón, pero el artículo no daba los detalles que él buscaba: cuántas pastillas se había zampado exactamente entre un mensaje de texto y otro, y a qué velocidad.

En ese instante, donde la agonía del haber fracasado en todos los aspectos de su vida se le hacía insoportable, la posibilidad de errar también en quitarse la vida se le antojaba el colmo de la ineptitud. Se imaginó despertando en un hospital, balbuceando

explicaciones a Sarah, cuya mirada rebosaría aquel odio que había perfeccionado con el paso de los años, acusándolo de no matarse bien solo para llamar la atención. No se le ocurría una escena más humillante. Se estremeció y, por supuesto, los muelles de la cama arruinaron el dramatismo del momento. Tendría que tomarse el máximo posible de pastillas en el menor plazo de tiempo. Y haber bebido mucho. Por lo visto, la combinación, fuese lo que fuese que hiciera el alcohol, era fundamental. Al ver las pastillas sobre la mesa, le horrorizó el volumen y la abrumadora tarea de tener que tragárselas todas, una a una. Se entretuvo en organizarlas en grupos menos intimidantes y más manejables.

Con el cerebro y el cuerpo enlentecidos por el alcohol, esa baladí tarea le exigió toda su concentración. Sobre todo porque, sin que respondiera a alguna razón en particular, se había preocupado de que hubiera exactamente diecisiete ansiolíticos en cada grupo, ni uno más, ni uno menos. Diecisiete. ¿Por qué esa cifra? No tenía respuesta para ello. Fuera como fuese, en la tercera ocasión, un torpe movimiento desbarató los cuidados montoncitos sobre la mesilla de noche. Lleno de frustración, se obligó a despejar el *whisky* de su cabeza y recuperar el control de su cuerpo, que, cuando supo que le prestaba atención, se tensionó por unas ganas enormes de orinar. Se preguntó si el joven enamorado también habría tenido que ir al baño en medio del macabro intercambio de mensajes con su amada y el atracón de píldoras. Claro que era muy posible que el chaval, o su novia, hubieran planeado todo mucho mejor y se hubieran asegurado de que él vaciaba su vejiga antes de empezar a quitarse la vida, del mismo modo que su padre le obligaba a ir al baño antes de cada viaje en aquel Austin Metro de segunda mano, el único coche que tuvieron, que no les duró ni cinco años. Él, en cambio, había conseguido disfrutar durante más de una década de un Mercedes y de un Audi. Aunque al final, en medio de aquel

desmoronamiento de su vida, había tenido que venderlos para reunir algo de dinero.

Camino del cuarto de baño, que estaba dentro de la suntuosa habitación con vistas al mar, le alivió pensar que, cuando descubrieran su cadáver, nadie sabría si había ido a mear en medio de su suicidio. Ese breve consuelo no apaciguó el hondo desprecio ni la insoportable sensación de injusticia que despertó la imagen de su cuerpo semidesnudo en el espejo. Su vida había salido mal. Toda ella. Ese era el sencillo diagnóstico. Había trabajado como el que más, sin un segundo de descanso, para conseguir esa casa de ensueño destinada a convertirse en el ancla de su vida familiar contra las futuras tempestades. Lo había apostado todo por Sarah, por ellos dos juntos, indisolubles, y por los hijos que deberían haber tenido, los frutos visibles de aquel amor que los envolvía. Hasta que un día Sarah había empezado a tomar ansiolíticos, los mismos que había dejado en el armario del cuarto de baño cuando le abandonó hacía ya tres meses. Un tiempo suficiente para que ella encontrara una nueva pareja, por lo menos eso le había dicho una vecina, una viuda que exudaba amargura por cada uno de sus poros. Con la puntería afectada por el *whisky*, observó con indiferencia el chorro de pis rebotar sobre el borde del retrete y balancearse de un lado a otro, cayendo en gran parte sobre las baldosas.

De vuelta en el cuarto de invitados, acabó el vodka de un trago, que sintió como un puñetazo en la base del cráneo. Aturdido, se dejó caer sobre la cama, cuyos metálicos gemidos se apresuraron a recordarle que aún no había cumplido su misión. Hizo un esfuerzo para incorporarse, reteniendo la náusea y peleando para conseguir abrir los párpados, que parecían sellados. Entre sombras o ensoñaciones pudo ver que, al golpear la mesilla en un descuido, los ansiolíticos se desperdigaban por la alfombra y, convencido de que aquella desbandada era razón para la desconfianza, se preguntó si

debería mirar la fecha de caducidad de las pastillas en los botes, no fuera a ser que le hicieran daño. Supo que no tenía la determinación para ponerse a recoger los ansiolíticos a cuatro patas y concluyó que quitarse la vida era una tarea de mierda, tan mierda como esos años que estaban acabando con todo. Pero le faltaban cojones para seguir viviendo, y, lamentablemente, también para morir. Claro, como él no tenía una novia que le enviara mensajes de texto para obligarle a matarse... Sarah, al contrario que aquella joven sádica, se había limitado a dejarle las herramientas en el armario del cuarto de baño. El mueble tenía que montarlo él solo, como los de Ikea.

Antes de que el sueño le venciera, aún tuvo tiempo de recordar con frustración que ni siquiera tenía hijos por los que vivir que justificaran su cobardía.





## CAPÍTULO 2

Le despertó alguien llamando a la puerta. Richard no recordaba que el sonido del timbre fuese tan estridente ni que pudiera oírse con semejante claridad en el primer piso, al otro extremo de la casa. Soportó como pudo ese estruendo que le perforaba las sienes, mientras maldecía a quien carajo había tenido los arrestos para despertarle tan pronto, aunque no tuviese ni idea de qué hora era. Resistiéndose a enfrentar la jaqueca y la sequedad en la boca con el regusto pringoso del alcohol, se cubrió la cabeza con la sábana y se giró hacia la pared con penosa dificultad. El timbre continuó, acompañado ahora con un par de enérgicos golpes en la puerta. Acto seguido, sonó su teléfono móvil, que debía de estar en algún lugar de la lúgubre habitación, escondido entre las ropas esparcidas por el suelo, debajo de la cama o todavía anidando en el bolsillo de algún pantalón o de su chaqueta. Se quedó inmóvil y cerró los ojos con fuerza y obstinación, dispuesto a esperar a que el alboroto con que le recibía el día se acabara de una vez por todas para poder seguir durmiendo y no tener que dedicar un segundo más a soportar el punzante dolor de cabeza. El silencio duró solo unos instantes y, de nuevo, sonó el móvil. Consiguió incorporarse

y abrir los ojos. Esparcidos por el suelo estaban los ansiolíticos, camuflados entre las hebras de la alfombra, dando la impresión de que emergían desde las profundidades de la casa. Arrastrado por la vista, su cerebro encontró los ánimos para despertarse y, de paso, recordarle el estrambótico y vergonzoso intento de suicidio, si es que se le podía llamar así.

Tanteó el suelo siguiendo la insistente melodía del teléfono y, sin llegar a mirar la pantalla, lo apagó. Con los ojos cerrados gateó hasta la cama, aplastando aquí y allá las pastillas blancas, que a veces crujían con delicadeza. El somier le recibió con su habitual escándalo hasta que logró encontrar de nuevo una postura cómoda. Entonces fue cuando escuchó la voz de Sarah, llamándole. La primera vez la consideró como parte de un sueño, o de una pesadilla. Un nuevo recordatorio desde su inconsciente de que su matrimonio había sido una tortura y ella ya no estaba. Pero Sarah volvió a gritar y Richard pudo visualizarla en el jardín, debajo de la terraza que daba a la playa. Hasta reconoció el golpe de una piedrecita en el cristal del enorme ventanal, como muchas veces había hecho en el pasado. El corazón se le aceleró y, sabe Dios por qué, se emocionó pensando que ella venía a pedirle perdón y que, de algún modo mágico, se podían eliminar los interminables años de sufrimiento. Bastó un inconfundible “me cago en la hostia” de su exmujer para hacerle recordar que, a pesar de su negativa, ella había insistido en llevar un agente inmobiliario a la casa, a su casa, para estimar el precio de mercado. El dolor de cabeza se disipó de golpe y cualquier fantasía de una posible reconciliación se evaporó, reemplazándose por una sensación más habitual, la de la ira, y otra novedosa: la sorprendente repulsión que le ocasionaba Sarah.

Por un instante barajó la posibilidad de seguir agazapado en su habitación, ignorando por completo a su exmujer y a la agencia inmobiliaria. Estaba en su derecho. Pero le asqueaba que ella

pensara que lo intimidaba, que lo imaginara dentro de la casa, acobardado, oyéndola blasfemar, pero sin los arrestos y la entereza para enfrentarla. Richard prefería manifestarse, mostrarle su desprecio a la cara, negarle la entrada a la casa y mandar a tomar por culo al agente que la acompañaba. Aunque para eso tendría que adecentarse a toda prisa, darse una ducha que le despabilara los suficiente para mostrarse inflexible en lugar de somnoliento y quejumbroso, reducido por el persistente dolor de cabeza que le estrujaba el cráneo cada vez que giraba el cuello. Pero lo que finalmente le decidió a ponerse un pantalón a toda prisa y bajar las escaleras a una asombrosa e inesperada velocidad, incluso sin el efecto reparador del agua caliente, fue el sonido de la cerradura. Había olvidado que Sarah aún conservaba una copia de las llaves y, todavía peor, mientras bajaba trastabillado y descompuesto hasta la puerta principal, recordó que no había cerrado con llave para facilitar que encontraran su cadáver sobre la cama. En esa fantasía que había construido la noche anterior, Sarah lloraba compungida y llena de culpa ante el hallazgo de su cuerpo inerte, que tan indiscutiblemente ilustraba el sufrimiento que ella le había causado. Era un pensamiento pueril que en nada se asemejaba a la sensación de ridículo que le embargó al ver la cara de Sarah, furibunda y asqueada, sin ningún rastro de compasión o empatía. Richard consiguió bajar los dos últimos escalones y enderezarse con cierta dignidad.

—No tienes ningún derecho a entrar en esta casa sin mi permiso.

Las primeras palabras salieron susurradas de entre sus labios raspándole la garganta. Pero consiguió acabar la frase rebotante de energía, casi en un grito grave y poderoso, señalando la puerta con el dedo en un inequívoco gesto que la conminaba a salir. Vio la confusión en la mirada de su exmujer y eso le animó a seguir sacando pecho. La carrera escaleras abajo y la súbita ira habían acabado casi por completo con el dolor de sus sienes.

—Fuera de aquí. Largo.

Sarah reculó unos centímetros y apartó la mirada con un mohín de desagrado.

—Apesta a alcohol, joder.

Richard contuvo el impulso de olfatear su cuerpo o su aliento.

—Que te vayas. Ya.

Esta vez ella no se movió. Antes de hablar, llena de desprecio, agitó la mano frente a su nariz.

—Teníamos una cita a las once y son las once y cuarto.

—Pues ya no la tenemos.

—¿Quién lo dice?

—Lo digo yo.

Desde el otro lado de la puerta, un joven regordete con traje azul y un pin en la solapa con el logo de la agencia inmobiliaria, el mismo que cubría la mitad de una cartera que sujetaba junto a su pecho con ambas manos, asomó la cabeza.

—Yo puedo venir cualquier otro día... No hace falta que sea hoy.

Richard y Sarah clavaron la mirada en la sonrisa nerviosa y forzada del joven. A la inesperada intromisión le siguió un silencio incómodo que ninguno quiso romper de inmediato. Unos segundos después, que al agente inmobiliario le parecieron años, Sarah suspiró vencida por el hartazgo.

—¿Mañana?

El joven regordete asintió con alivio. Richard avanzó hasta la puerta, la abrió de par en par e invitó a Sarah a salir con un movimiento de cabeza. Ella se paró frente a él.

—Mañana, Richard.

La empujó hasta que estuvo al otro lado del umbral y cerró la puerta, al tiempo que le advertía con la mayor serenidad de la que fue capaz: “Esta casa no está en venta”.

A través de la puerta, pudo escuchar a Sarah maldecir y rogarle que le dejara vivir en paz. Al contrario que su exmujer, y aunque

fuera extraño, él no estaba seguro de que eso fuese lo que esperaba de ella, que desapareciera de su vida de una puta vez. Él quería otra cosa, lo mismo que había deseado durante los últimos años: que Sarah fuese una persona distinta, que involucionara hasta convertirse de nuevo en la mujer que había sido durante tanto tiempo. Cómo habían conseguido llegar a ese punto era, al menos en parte, todo un misterio. Cuando los dos reconocieron el hastío de la relación, hacía mucho tiempo que ya no eran pareja. Él, habituado al silencio y al mutuo desprecio, la había observado desde la cocina con manifiesta indiferencia, sorbiendo parsimoniosamente un café. Y ella se había girado una última vez para mirarle, buscando en los ojos de Richard alguna razón para quedarse y no acabar con diecisiete años de matrimonio. No debió encontrar nada, porque cerró de un portazo que resonó durante unos segundos por toda la casa. Richard había sonreído y había continuado el día con su rutina habitual. Lo normal, o al menos eso era lo que pensaba él, era que no le hubiera importado un comino que un día, harta de lágrimas y desesperanza, ella hiciera un par de maletas y se fuera sin mediar palabra. Sin embargo, por la noche, en la soledad del cuarto, le sorprendió una punzante angustia en el pecho y rompió a llorar. Desde entonces no había encontrado la forma de contener esa desesperación. Ni tampoco sabía darle una explicación. Sabía que no quería estar con su exmujer y, sin embargo, no soportaba que se fuera. Le avergonzaba reconocer que sentía placer, incluso seguridad, en el hecho de que ella estuviera aún en su vida, pululando en torno a él, siempre y cuando no hiciera nada. Pero, por desgracia, Sarah no sabía quedarse quietecita. Al contrario: parecía empeñada en sacarle de quicio con esa obsesión venenosa, infantil y descabellada de forzarle a vender la casa. Su casa. Lo único que le quedaba tras cuatro años de infierno en los que lo había perdido todo.





## CAPÍTULO 3

La sensación de victoria tras su encuentro con Sarah le había subido la adrenalina, y aunque estaba exhausto por la resaca, se dedicó a inspeccionar la casa con el ánimo turbulento, como un animal marcando el territorio. Esa mansión frente al mar era la prueba de su éxito y estaba seguro de que, desde la calle, por encima del seto, lo único que se podía ver era la magnificencia de sus posesiones. El drama que le había acompañado en los últimos años, y que amenazaba con arrebatarlo todo, resultaba invisible para cualquier paseante. Más aún, era inconcebible que alguien que vivía en una propiedad de semejante tamaño y lujo estuviera mirando de reojo a la pobreza.

Su modo de enfrentarse a ese vertiginoso descenso, aquel inesperado viacrucis que iba desde la abundancia económica a la dolorosa carencia, lo único que había conocido en su infancia y de la que había conseguido huir, había sido la causa del último conflicto con Sarah, el que acabó por romper los pocos lazos que les mantenían precariamente unidos. Como siempre ante la adversidad, Sarah se había rendido a las primeras de cambio, demostrando una

vez más su completa ausencia de capacidad de lucha, de esfuerzo o sacrificio. Su vida era saltar de flor en flor como una mariposa caprichosa sin consolidar nada. Primero su carrera, luego los hijos, y ahora, en medio de la tormenta que le estaba tocando atravesar por culpa del jodido Brexit, su casa. Para ella bastaba con mirar a otro lado, perderlo todo y hacer algo diferente. Sintió una punzada de celos pensando en ese nuevo novio que la insidiosa vecina le había dicho que tenía. Encajaba con su perfil. No había pasado medio año tras diecisiete de matrimonio y ya había encontrado un reemplazo. Pues muy bien, si quería cambiar de polla, que cambiara, pero no le iba a dejar tocar la casa. Solo faltaría. ¿Cuánto dinero había puesto ella? ¿Cuánto trabajo? Nada. Ni una libra, ni un minuto. Solo putas lágrimas, terapeutas y ansiolíticos.

Eso le recordó su esperpéntico intento de suicidio y la ira dio paso a la vergüenza mientras, escondido en la ducha, dejaba que el agua hirviente se llevara gran parte de la resaca. Oculto bajo el poderoso chorro, le sorprendieron unas inesperadas lágrimas y una intensa ansiedad que apenas le dejaba respirar. ¿Cuánto tiempo iba a poder conservar la casa? Durante meses había esperado un milagro, una señal. Había estado convencido de que, si la mala suerte había aparecido de un día para otro y sin ninguna justificación—quién coño iba a esperar que el Brexit ganara el referéndum—, también debía hacerlo la buena fortuna. Y por eso había esperado, convencido de que el esfuerzo de tantos años no podía disolverse de un plumazo. Durante aquellos primeros meses, cuando ya estaba claro que su laboratorio se iba a pique, se había agarrado a la superstición, había confiado en una justicia universal o divina, una fuerza que equilibrara la balanza y que le compensara por sus inmerecidas pérdidas. Y todavía seguía esperando, aunque ya sin ninguna fe.

Al mediodía el cielo seguía límpido y, aunque el viento soplababa fuerte, cargado de agua de mar, muchos de los habitantes de Christchurch habían salido a pasear a la playa aprovechando la bajamar. Richard anduvo a largas zancadas hasta alejarse de la parte más concurrida y no bajó el ritmo hasta llegar al parque de Rothersey, donde acababan las casas y empezaba el campo de golf, del que ya no era socio. Desde la distancia, el guarda de la puerta, un tal Mathieu, al que hacía meses que no veía, le sonrió e inclinó servicialmente la cabeza. Richard levantó la mano con desidia y el guarda siguió con la mirada sus pasos alejándose hacia el bosque que separaba el campo de golf de la playa y los acantilados. Los regulares vermouths en la exclusividad de los salones del club con sofás Chester y camareros de punta en blanco, habían dejado paso a esos paseos eternos que en la mayoría de las ocasiones acababan con un té en el Cliffhanger Café, siempre atestado de clientes que se peleaban por las mesas que parecían colgar en el acantilado. Aunque, la mayoría de las veces, su aperitivo consistía en una insípida cerveza de lata en la soledad de su casa, hastiado de su vida, pero orgulloso de poder disfrutar aún de su espectacular terraza.

A través de los árboles, siguió un sendero ascendente hasta un claro donde hacía un par de años habían colocado unas mesas para pícnicos. Desde aquel alto, en días claros como ese, se veía la isla de Wight, y el mar del canal lucía espléndido.

Ese era su barrio, la infinita playa desde Bournemouth hasta el castillo de Hurst, las marismas de Christchurch, los acantilados y el mar. Toda una mejora comparada con la humedad, la suciedad y el hambre que rodeaban las torres Langbar de su juventud en Swarcliffe. Pero la vida le estaba echando de allí, como tantas veces en su pasado, obligándolo a rebotar de barrio en barrio, de pobreza en pobreza, sin un instante para respirar, sin pertenecer a nada, aunque fuera a una porquería de lugar. Él no había tenido ni

siquiera la opción de sentir que tenía derecho a estar donde estaba. Y de nuevo volvía a pasar después de una eternidad, cuando esas imágenes ya eran recuerdos caducos, historias de superación que hubiera podido contar a sus hijos y sus nietos, si Sarah no se hubiera rendido y le hubiese hecho abandonar su sueño de ser padre.

Richard necesitaba un milagro que le permitiera quedarse allí, en su mansión, en el único espacio al que se sentía pertenecer. Pero en su vida, presidida por el sufrimiento, no le habían tocado los suficientes, ni siquiera uno, lo cual no le invitaba a creer demasiado en ellos. Había aprendido a confiar en sí mismo, no le había quedado otra, pero después de cuatro años donde nada le había salido como él había imaginado, también había perdido la fe en su terca determinación. Podría haber sido distinto si hubiera hecho caso a su antiguo socio Adam, quien, cansado de que Richard se negara a cambiar el modelo de negocio, le abandonó previendo aquel derrumbe. Precisamente la posibilidad de que hubiera algo de verdad en ello hacía que le hirviera la sangre cada ocasión que Sarah se lo recriminaba. Eso sí, durante los años que duró la bonanza, ni él ni ella, ni Dios, se habían acordado del agorero socio.

Le sorprendió la vibración del teléfono en el bolsillo del pantalón y, aunque sin humor para charlar con nadie, sintió curiosidad por un número que no reconoció.

—Diga.

—¿El señor Richard Stevens?

—El mismo. ¿Con quién hablo?

—Mi nombre es Carl Ringle, del bufete de abogados Steele Trethowans. Represento a Sarah Rogers.

Richard se quedó paralizado durante unos segundos, confundido de no haber reconocido el apellido de su exmujer después de tantísimos años refiriéndose a ella como Sarah Stevens. Le siguió cierta agitación. Hacía ya un mes que se ha había rendido y había

firmado los papeles de la separación siguiendo los deseos de Sarah escrupulosamente, con la única intención de salvar la casa. Sin duda, se trataba de una confusión. ¿Y por qué hostias no le había llamado ella para decirle que faltaba algo?

—Ya le dije a Sarah que firmaría todo. No hay problema por mi parte.

—Me imagino que se refiere a los papeles de la separación. En efecto, todo está en orden. En realidad, mi llamada es referente a la propiedad que aún comparte con mi cliente, la señorita Rogers.

De nuevo le sorprendió el apellido de soltera de su exmujer, igual que el hecho de que el abogado hubiera utilizado la mención “señorita” y no “señora” con la evidente intención de remarcar que ya no estaba casada.

—Ya le dije a Sarah que no iba a vender. Yo compré esta casa con mi dinero, con mi esfuerzo. No se vende.

—Lo entiendo. Sin embargo, si me permite, señor Stevens, legalmente la mitad de la propiedad pertenece a la señorita Rogers. No es la intención de mi cliente que usted venda la casa, sino que ella reciba la parte alícuota del valor de esa propiedad y en consecuencia...

Richard le cortó antes de que el abogado pudiera continuar su perorata:

—La casa me pertenece.

—Legalmente, solo la mitad.

Pareció que el tal Carl Ringle tomaba de nuevo aire para explicarle que Sarah estaba dispuesta a todo con tal de joderle la vida si cabía un poco más. No le dejó. Colgó de inmediato y resopló sonoramente mientras tecleaba con rabia en la pantalla de su teléfono.